TURNO DE NOCHE

Por Manuel ALONSO ALCALDE

NO, si ya se sabía; si todos los discos que se presentaban en el distrito iban a parar a sus manos. ¡Asco de vida! Porque, por ejemplo, ¿no se les podía haber ocurrido a aquellos gamberritos meter la pata cualquier otro día? ¡Qué va! Tenían que haberlo hecho precisamente aquella noche, cuando él se encontraba de guardia, a fin de que se jorobase bien.

—¡Menuda gafancia!

El policía volvió a marcar el número, consultando primero en la guía telefónica cada una de sus cifras para no equivocarse; pero, al otro extremo del hilo, la llamada siguió cayendo en el vacío.

—Nada.

Colgó el receptor y durante unos segundos permaneció —el mentón en la palma de la mano— meditando sobre su mala suerte, ahondando en la herida, con una especie de placer masoquista; luego miró el reloj.

—Las tres menos veinte.

Una hora para que cualquier persona decente estuviera metida en la cama.

—Cualquier persona verdaderamente decente —remachó a media voz.

Los muchachos, sentados en el banco, cuchicheaban entre sí, ajenos por completo a cuanto sucedía a su alrededor, soltando de cuando en cuando alguna risita. El policía se encaró con ellos.

—¿Qué pasa? ¿Hay ganitas de juerga? —dijo, malhumorado para interpelar a continuación al más espigado de los tres, el único que llevaba corbata—: ¡Oye, chaval!

Pero el chico en vez de responder apoyó la nuca en la pared y se puso a mirar al vacío con descarada indiferencia.

—¡Eh! —gritó el policía; aunque no quería perder los estribos se encontraba ya a punto de estallar.

El muchacho volvió descaradamente los ojos hacia él.

—¿Es que no va a haber nadie en tu casa a estas horas?

El otro se encogió de hombros.

—Y yo qué sé. Mi papi ya es mayorcito, ¿no le parece? —dijo, mientras cambiaba una disimulada sonrisa con sus compañeros—. El vive su vida y yo la mía.

Hablaba en tono desdeñoso y rebelde, que, sin embargo, sonaba a impostado, como si lo hubiese aprendido en el cine, en alguna película de James Dean, verbigracia.

—¿A que todavía te rompo la cara? —amenazó el policía, quien por su gusto habría saltado en aquel preciso instante de la tarima; habría zarandeado al muchacho cogiéndole por las solapas y habría colocado un par de bofetadas sobre su rostro barbilampiño y petulante. Como que de pensar en ello sintió correr un agradable cosquilleo por sus dedos.

—Entonces, ¿no tienes idea dónde puedo encontrarle? —añadió.

—Ni idea.

—¿En alguna sala de fiestas?

—Puede. Pruebe usted a ver.

El policía se mordió los labios. Dos tortas. Las estaba pidiendo. Pero, ¿cómo le iba a pegar siendo el niñato hijo de quien era? Porque después si empezaban las complicaciones sería a él a quien le correspondería sufrirlas. La cuerda siempre, siempre se rompía por lo más flojo y en aquel caso no había que hacerse ilusiones, él constituía la parte más débil. Pensó si no sería preferible llamar al comisario y trasladarle a él el asunto; pero al imaginarse las consecuencias desistió.

"¿Qué se ha creído usted? ¡Despertarme a estas horas! ¿Es que no le merece ningún respeto un superior?"

Y si no lo hacía:

"No se disculpe. Debió usted haberme avisado inmediatamente."

De todas todas, un verdadero compromiso.

Claro que también podía meter a los muchachos en la nevera, como llamaban a los calabozos en la brigada y que el inspector que viniese a relevarle por la mañana tragara con el paquete. Pero si de improviso se presentaba en la comisaría el padre de la criatura con toda la influencia que tenía, ¿qué?

"¡Se acordará usted de esto! ¡Ya lo creo que se acordará! ¡Tratar a mi hijo como si fuese un criminal! Yo haré que se arrepienta usted. ¡Le doy mi palabra de que no he de parar hasta hundirlo!"

Ni hablar.

Los chicos habían juntado las cabezas y continuaban susurrando y riendo. Uno de ellos sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Se puede fumar? —preguntó; pero el de la corbata, sin esperar respuesta, extrajo un cigarrillo por su cuenta, lo puso entre los labios y lo encendió.

—Nadie ha dicho que sí —dijo el policía—. ¡Apaga eso ahora mismo!

Repuso, zumbón, el muchacho:

—Le advierto que es tabaco. Compruébelo si quiere. Yo, de grifa, nada.

—¡He dicho que lo apagues!

—Está bien —contestó con acento aburrido el otro, y haciéndolo saltar sobre la uña del dedo medio, proyectó el pitillo contra la pared de enfrente.

El policía le fulminó con la mirada ¡Con qué satisfacción le habría él bajado los humos a aquel gallito! Y luego hablaban del FBI. Mucho "habeas corpus", mucho "llamen a mi abogado", pero pájaro que caía entre sus uñas no se soltaba sin pasarlo primero por la piedra. Y que después vinieran los periódicos protestando. ¿Quién le quitaba al tipo las bofetadas que le habían largado?

Otro de los detenidos llevaba cazadora y pantalón vaquero, y el tercero un pullover negro. El policía abarcó a los tres en una ojeada con gesto de disgusto.

Desde que llegaron a la comisaría no habían parado un momento de cuchichear y hacer el idiota, dando chilliditos, riendo sin motivo y atusándose el pelo, como si él no estuviera delante. Con la preciosidad de mujeres que había por ahí. Así iba el mundo. No, si el mejor día teníamos en casa la segunda edición de "Sodoma y Gomorra".

—¡Qué porquería!

En aquel instante, al niño de papá se le ocurrió desperezarse, estirando los brazos y bostezando ruidosamente.

—¿Tienes sueño, rico? —ironizó el policía, a lo que respondieron los muchachos con una carcajada—. ¡Al que vuelva a reírse le pongo las esposas!

Siguió un largo silencio que el policía aprovechó para coger el teléfono y marcar otra vez, mientras escogía mentalmente las palabras que pensaba utilizar en el diálogo:

"Aquí, de la comisaría.. Lamento mucho molestarle a estas horas, pero tengo que darle una mala noticia... Sí, acerca de su hijo... ¡Oh, no! Está perfectamente... Eso es: detenido... Se le ha encontrado bailando, en unión de otros jóvenes, en el reservado de una cafetería... No, no había chicas: bailando entre sí, ¿me comprende?... Naturalmente que hubo escándalo... Fue él quien dio el nombre de usted, por eso me he permitido llamarle... Comprendo su disgusto, pero ya sabe, la juventud actual no es como... Descuide: no se tomará ninguna providencia con el chico sin comunicárselo a usted... Por supuesto que puede venir... Cuando guste... ¿Ahora mismo? ¡Ah, bien! Le espero entonces... A su disposición."

Pero tampoco en esta ocasión respondió nadie a la llamada.

—Vaya vidita que se pegan algunos —murmuró para sí—. A saber dónde se habrá metido el fulano. Y, entre tanto, que me las componga yo como pueda.

Las cuatro, las cuatro y media, las cinco, y el teléfono todavía sin contestar. Tres horas, desde que se presentaron los muchachos, que el policía no se las hubiera deseado a su peor enemigo. Aunque, en realidad, su enemigo público número uno lo constituía el individuo de la corbata, quien, al parecer, se había propuesto poner a prueba su paciencia. Ahora mismo, por ejemplo, en que el policía acababa de descender de la tarima al suelo y había comenzado a pasear, con las manos a la espalda, por delante del banco donde se encontraban sentados los muchachos para mantenerlos a raya; pues nada, que al maldito chavea, en vez de amilanarse, le había dado por volver la cabeza a uno y otro lado siguiendo sus pasos, mientras marcaba el compás en voz baja con ruido de péndulo:

—Tic-tac... Tic-tac... Tic-tac...

Como para echarse a llorar.

El policía se paró frente a él y preguntó, no para conocer la respuesta, sino con intención de interrumpirle:

—Pero, ¿dónde puede estar a estas horas tu padre?

Retrucó el muchacho:

—¿Y por qué no se lo pregunta usted a él?

Al policía se le iban las manos; era que se le iban. Había llegado al límite; una palabra más y no sería capaz de contenerse.

Pero tampoco tuvo necesidad de hacerlo, ya que en aquel momento apareció en la puerta una pareja de Policía Armada de servicio.

Traían conducido a un tipo de unos dieciocho años, embutido en un jersey en tercera vida con muchos rotos.

—Vaya. Hoy estamos dedicados a la delincuencia juvenil.

Uno de los miembros de la pareja depositó un trozo de metal retorcido sobre la mesa.

—Le hemos sorprendido cuando acababa de arrancar una antena de un coche.

—Bien, hombre —dijo el policía, encarándose con el detenido—. ¿Y qué pensabas hacer con ella? ¿Robar una radio?

El chico clavó en él su mirada; tenía unos ojos profundos y huraños.

—Contesta.

Pero no contestó.

—O, ¿es que perteneces al sufrido ramo de la chatarra? Vamos, di.

El muchacho continuó en silencio.

—¿No quieres hablar?

—No tengo nada que decir.

—¿Cómo que no? ¿Y esto que es? —chilló el policía, mientras esgrimía el cable metálico—. ¿Lo has cogido tú, sí o no?

Asintió el chico con un gesto.

—¿Y para qué?

—No lo sé.

—¿Qué es eso de que no sabes?

—No.

—Pasabas por allí, viste la antena, te dio la tentación y la trincaste, ¿no?

—No sé.

—El policía echaba humo.

—Pensaste: "Ese tío en coche y yo a pie Pues que se fastidie." ¿Fue así?

—No sé.

—¿Crees que me vas a tomar el pelo?

El muchacho irguió la cabeza en ademán vagamente desafiante.

—Suelta la lengua o... —gruñó el policía, cogiéndole por el jersey y zamarreándole. Pero el chico sostuvo su mirada, apretando obstinadamente los labios— No te da la gana de hablar, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pues hazlo.

—Es que, de veras, yo no sé qué decir.

La gota que le faltaba al vaso para rebosar.

—No, ¿eh?

Y el policía cruzó la cara del muchacho con una cachetada de ida y vuelta y se quedó tranquilo; que llevaba tres horas largas atado al palo del suplicio y esto era mucho más de lo que cualquier persona podía soportar